

Uno recorre las tierras y se acuerda de los reinos medievales, los monarcas reconquistadores y peleas por tierras inhóspitas. Tierras que había que luchar con una bravura inusitada para mantenerlas en el poder del rey de turno, cristiano o moro. Tierras salvajes, frías como ellas solas, en su inmensa soledad.

Pero la historia surge por todas partes, historia militar mezclada con la vida espiritual, pues en todas partes se encuentran fortalezas hechas iglesias románicas. El románico es el espíritu de oración recogido en todo el norte de Palencia, mezclado con la luminosidad del gótico esplendoroso de la catedral de León. Luz, luz para iluminar la oración y que llegue a lo más alto, como las ojivas que sujetan tanta altura.

Estos pueblos se sienten orgullosos de su historia, y de su libertad. Para ello construyeron su rollo jurisdiccional, símbolo del orgullo de ser villa y poder impartir justicia. En pueblos como Villalón de Campos o Itero de la Vega tienen unos rollos que son la envidia de las demás villas, tal es su categoría arquitectónica. El primero con menos de dos mil habitantes, pero el segundo no alcanza los doscientos.



Toda esta tierra destila historia mezclada con religión, no en vano por todas partes nos encontramos con el Camino, sin tener que aclarar que es el de Santiago. Por todas partes se ven los peregrinos, con sol, con lluvia, con frío, con sol de justicia. El peregrino tiene alojamiento por todas partes, y en todos los lugares se le respeta y se le acoge en las hospederías y muchas poblaciones tienen el sobrenombre “del Camino”, y la Virgen del Camino es la guía de los caminantes, aunque quien hace el camino no sea religioso.

Y tampoco me olvido de la gastronomía. Y no me puedo olvidar de las alubias de la Vanesa, obra de arte gastronómico, ni del cochinillo de Arévalo, ni del cocido maragato, ni de las mantecadas y hojaldres de Astorga, ni de la morcilla leonesa que me la descubrió mi amigo Cipriano, o de la cecina de Palencia.

Pero todo esto está sin apenas árboles; llanuras, praderas, tierra desolada. Aunque hay que reconocer que en la comarca del Páramo los regadíos abundan, y extrañan, pues no es normal que en tierra tan desolada puedan encontrarse amplias zonas donde los aspersores semejan lluvia para alimento de sus tierras.

Uno que es creyente y tiene una fe legada por los padres cree que el Camino de Santiago tiene varias formas de realizarlo, según lo que se desee. Hay

quien solamente busca el sacrificio de caminarlo con el tiempo que haga. De esa manera se hace un turismo de naturaleza, de sacrificio para llegar tras muchas jornadas de caminatas a la sin par catedral de Santiago y ganar el jubileo. Otros hacen los kilómetros finales, lo cual no tiene mérito, pues caminan y luego les recoge un coche para llevarles al lugar de dormir. Los hay que vienen del extranjero para recorrer las tierras hispanas y entrar en la profundidad de las mismas, unos a pie, otros en bici. Mérito verdadero, pues ni los españoles se atreven a llevar a cabo semejante proeza.

Y, por fin, otros hacen el Camino siguiendo una

tradición de siglos para contemplar los paisajes, visitar las hermosísimas iglesias y arrodillarse para rezar una oración, los monasterios centenarios con escasez de religiosos, donde a veces se pueden adquirir dulces deliciosos. Paisajes llenos de recuerdos de la historia, nombres sonoros, bellísimos, ríos serpenteando por sus llanuras. ¡Cuánta historia tiene esta

tierra! Castillos que recuerdan hechos novelescos, personajes heroicos, hechos que nos hacen pensar en cuentos del Guerrero del Antifaz, en hombres recios forjados en el crisol de la batalla, en la lucha contra la adversidad.

El Camino de Santiago nos llena de aventuras, de arte, de geografía y de historia, nos hace conocer una importante parte de una España maravillosa, cuando otros se alejan a países exóticos, a playas donde la muchedumbre se aglomera como en manadas de pingüinos, sin espacios abiertos.

Recientemente he realizado el Camino recorriendo su tramo medio, visitando todo lo visitable, el cual he dejado reflejado más arriba. Últimamente corrí su inicio así como el tramo final del Camino Aragonés, desde Roncesvalles hasta Burgos, recorriendo poblaciones como Zubiri, Pamplona, el castillo de Olite, el de Javier, el monasterio de La Oliva, el de Leyre, Sangüesa, Sos del Rey Católico, Obanos, Estella, de donde procede parte de mi familia, y el centro neurálgico donde se unen los dos, Puente La Reina. Dejo esta experiencia para otra ocasión, pues con lo dicho hasta ahora hay bastante.